

Para poner de relieve la práctica de las virtudes que deben manifestarse en la vida, particularmente en el cumplimiento de los deberes de estado, en el ejercicio interior de las virtudes, en la Adoración, es preciso considerar su encuentro, las circunstancias en que se encuentran, y tomar resoluciones muy netas y muy firmes de conducirse de tal ó cual manera, de evitar tal ó cual exceso, de hacer tal ó cual esfuerzo.

En cuanto al tiempo que debe emplearse en este práctico trabajo de santificación, puede decirse que debe llenar poco más ó menos la mitad de la Adoración, puesto que, según el método de los cuatro fines del sacrificio, la segunda parte de la Adoración está consagrada á la Reparación y á la Súplica. La reparación exige naturalmente el examen, la discusión de los actos, la satisfacción por el arrepentimiento y cambio de vida. La súplica sólo se hará debidamente si se piden gracias precisas, conforme á las necesidades reconocidas de nuestra alma, con la firme resolución de aprovecharse de ellas, ó lo que es lo mismo, corresponder á ellas efectivamente; lo que supone que se han reconocido esas necesidades y se ha formado la resolución de obrar con firmeza y constancia.

Ultimo consejo.—Para cumplir plenamente con la ley del trabajo de la santificación personal en la Adoración y sacar todo el fruto, es preciso guardar y adoptar los mismos asuntos de Adoración, sobre la corrección de los defectos ó sobre los progresos de la virtud, por todo el tiempo necesario mientras no conste la enmienda ó el provecho intentados. La santificación es obra de toda la vida, y cada uno de los obstáculos que hay que vencer ó de los pasos que hay que dar, exigen un largo y perseverante trabajo. Andar de asunto en asunto es curiosidad y ligereza; el trabajo de la santidad es por demás serio y continuo.

III.—Tales son las reglas prácticas de la Adoración considerada con relación á nosotros mismos. Si no se cumplen, la Adoración recae forzosamente en uno de los defectos siguientes:

La pura especulación, el estudio, el trabajo exclusivo del espíritu, la curiosidad intelectual, son cosas que, puestas en lugar de la oración, son el más sustancial alimento del orgullo espiritual: esto conduce, tarde ó temprano, á la alianza extraña y funesta de los bellos pensamientos y de las bellas representaciones imaginarias sobre todas las verdades

de la religión con una vida indiferente, poco arreglada, y finalmente culpable.

Una sentimentalidad exagerada y la sobreexcitación de la imaginación, que engendran la piedad floja, egoísta, personal, variable é indiferente, sin virtud, sin estímulo, sin fuerza para el sacrificio; en que todo se pasa en sueños más ó menos bonitos, en proyectos más ó menos hermosos, en promesas sin fidelidad, en ilusiones sin causa, en principios sin consecución.

Y lo que es peor: la pereza espiritual, una especie de somnolencia del espíritu, del corazón y de la voluntad, que engendra la torpeza, después la rutina y lleva á la Adoración absolutamente nula; nula como homenaje de religión, nula como causa de santificación.

De allí nace el fastidio en la Adoración, el disgusto de tan santo ejercicio y la infidelidad al deber capital. Si damos este último paso, seremos infieles al mismo divino Rey, infieles á nuestra divina vocación y apóstatas al servicio de la Eucaristía.

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN AL PRÓJIMO.

I. — La adoración es esencialmente un fruto de la caridad perfecta, para que teniendo presente su primer y adorable objeto, que es el Dios Hombre del Sacramento, sea necesariamente conducida por el mismo movimiento de caridad al servicio del prójimo. El amor del prójimo es inseparable del amor de Dios: el primero no es solamente señal del segundo, sino que es su efecto necesario, su fruto natural. La misma savia alimenta al uno y al otro; son dos ramas de un solo tronco. Ellas crecen, florecen, se cubren á un mismo tiempo de los mismos frutos; pero también el disecamiento y la esterilidad los alcanzan al mismo tiempo y en la misma proporción. «Quien dice que ama á Dios y no ama á su prójimo, miente», dice el Apóstol de la caridad. No cabe duda que las formas exteriores de la caridad hacia el prójimo pueden variar y algunas veces no manifestarse sino en un número de actos muy restricto. Esto depende de las vocaciones particulares, de las cuales unas se aplican más al servicio del prójimo y otras menos. Pero para el amor del fondo, para la predilección, para

la abnegación del corazón y para el celo íntimo, ninguna vocación puede dispensarse: aquel amor debe ser sin medida, y marchar á la par con el amor de Dios.

En la vocación adoradora los ministerios directos hacia el prójimo están bastante limitados, pues no pueden disponer más que de una parte de nuestro tiempo y de nuestros recursos; la primera y la mayor parte pertenece á la Adoración, al servicio personal del divino Rey en la oración, en la alabanza divina y en el culto solemne. Pero esto no nos dispensa de servir al prójimo con un amor inmenso. Y este amor debe procurar el servicio y la utilidad del prójimo por el apostolado de la oración, por la proposición y reparación en la Adoración misma.

Aquél es un deber de vocación. La Asociación del Santísimo Sacramento fué fundada para el fin de la oración apostólica, de la reparación por los otros y de la propiciación por el mundo entero. ¿Podría ser de otro modo, cuando pide á sus miembros que se mantengan suplicantes ante el trono de la gracia, donde expone solemnemente y hace subir entre la tierra y el cielo á Aquel de quien dice San Juan: «es el abogado, el justo Jesús, la

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por nuestros pecados, sino por los del mundo entero?»

Pues bien; entre todos los prójimos que tienen derecho á nuestra caridad y á nuestras oraciones, el primero, el más augusto, el que nos obliga más estrechamente que cualquiera otro, es la Santa Iglesia Católica, esposa amadísima de Jesucristo, por cuyo amor vertió toda su sangre «á fin de que le fuese una esposa bella, pura y sin mancha»; y por la cual ha instituído la Eucaristía, á fin de serle siempre presente, de conducirla, de guardarla, de defenderla y de alimentarla con su sustancia. A la Iglesia, pues, ante todo, y al Soberano Pontífice en quien ella resume enteramente todo nuestro amor, toda nuestra abnegación, todo nuestro celo en la Adoración y en la oración. Después á todos los miembros de la Iglesia en el orden que les ha colocado su mayor ó menor participación á la autoridad, á la santidad y á la vida de la Iglesia: á los Obispos, á los sacerdotes y á los obreros apostólicos, á los fieles, á los pecadores, aun á aquellos que no hacen caso de la Iglesia aunque ésta tenga sobre ellos todos los derechos de su Real Esposo, á quien «han sido dadas todas las na-

ciones en herencia», á los herejes, á los cismáticos, á los judíos y á los infieles.

Y más allá de este mundo, en las sombrías prisiones del Purgatorio, debe ejercitarse nuestra caridad en la persona tan interesante y tan digna de piedad y amor que se llama «Iglesia purgante».

Queda por decir que todas las obligaciones particulares que se pueden imponer al tributo de la caridad de cada uno de parte de la sangre ó de la afinidad sobrenatural ó del reconocimiento, deben ser respetadas y satisfechas en el ministerio apostólico de la Adoración. Y entre estos lazos que crea la gracia, ninguno es más sagrado ni más fuerte que aquel que liga juntamente á las almas en la unidad de una familia religiosa ó de una asociación reconocida por la Iglesia. A nuestros hermanos, pues, miembros del mismo cuerpo eucarístico, y á la sociedad que nos tiene unidos y nos da á todos la gracia de nuestra santa vocación, toca una parte excelente en el ejercicio de nuestra caridad filial y agradecida.

Pero dejemos que el Padre nos diga, con su autoridad de fundador, lo que debe ser la Adoración con relación al prójimo.

II.—«Que el adorador se consagre al sublime ministerio de la Adoración como diputado de la sociedad y de la Iglesia.»

La oración es uno de los fines esenciales de la Adoración, según el método de los cuatro fines del sacrificio; ella debe, pues, ocupar un tiempo normal, que es el cuarto de hora de Adoración.

«La súplica ó impetración, dice el Padre, debe coronar vuestra Adoración y hacer su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y el poder de la oración eucarística. No todos pueden predicar á Jesucristo por la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas. Pero todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús: ésta es la misión apostólica de la oración y de la oración Eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pie del trono de la gracia y de la misericordia. La oración eucarística va directamente al corazón de Dios, como dardo inflamado; ella hace trabajar, obrar y revivir á Jesús en su Sacramento; ella da actividad á su poder. El adorador hace más aún: ruega por Jesucristo y le pone sobre su trono de intercesión cerca de su Padre, como abogado divino de sus hermanos rescatados.

Vuestra misión es pedir gracia con Él por todos los culpables, pagar su rescate á la Divina Misericordia que tiene necesidad de corazones suplicantes; á vosotros os toca haceros víctimas de propiciación con Jesús Salvador, quien, no pudiendo sufrir ya en su estado resucitado, sufrirá en Vos y por Vos.

Esta divisa: *¡Adveniat regnum tuum!* debe ser como la regla de la oración de todos los adoradores. Que ellos ofrezcan su Adoración por el Soberano Pontífice y por todas sus intenciones; por la exaltación de Nuestra Madre la Santa Iglesia, para obtener las bendiciones de Dios sobre la sociedad y la santificación de sus socios; por todas las personas constituídas en dignidad, tanto en la Iglesia y la Religión como en el Estado, especialmente por todos los sacerdotes, á fin de que Jesús viva en ellos por amor y santidad; por la destrucción de las herejías y de los cismas, para obtener á los judíos el reconocimiento de Jesucristo, á los paganos la Adoración de su Salvador; y, finalmente, porque todos los hombres del mundo entero lleguen á amar á Nuestro Señor Jesucristo y se precipiten hacia su Sacramento de vida.

III. — Resulta de estas palabras, y de las consideraciones que preceden, que tenemos en la Adoración un verdadero ministerio de caridad que cumplir para con el prójimo; debemos ser en ella propiciadores, abogados, mediadores y apóstoles.

Pensar, en la Adoración, únicamente en nosotros; no pedir sino para nuestros intereses personales, por santos que éstos sean, no es bastante: debemos hacer á nuestros corazones generosos, desinteresados, abnegados, abiertos á todos los santos intereses de Jesucristo y á las necesidades del mundo entero. Los grandes deseos, los ardores excesivos, las santas torturas de la angustia por las almas y por la Iglesia, deben inflamar y consumir nuestros corazones.

Para esto, nos basta comprender cuán extensa, inmensa é infinita es la obra de la Redención del Mundo, que prosigue el Divino Salvador en su oración y en su inmolación perpetua en el Sacramento. Él trabaja allí de noche y día. ¡Qué labor! ¡Qué labor tan ingrata, tan contrariada y combatida, exponiéndose á la malicia obstinada, á las traiciones torbas, al odio sin compasión! A esta tarea nos convida. Y como en la oración y la inmo-

lación perpetua la prosigue, Él reclama las asiduidades de nuestras súplicas, de nuestros llamamientos, y espera los sacrificios de todas las penas secretas, de todas las torturas del alma y de todas las mortificaciones conocidas sólo por Él.

¡Ah! ¡Quién querrá rehusarle aceptar de buen corazón y con alegría, humillarse, sufrir el desprecio, la traición y el abandono, la calumnia, las acusaciones y las condenaciones injustas; quién le rehusará estar privado en la oración, de toda alegría; en la vida espiritual, de todo consuelo; en el trabajo, de todo éxito personal; en la vida entera, de toda satisfacción, para completar su Pasión y cooperar por este medio á obtener su reino Eucarístico, ó la exaltación de la Iglesia, ó la libertad del Soberano Pontífice, ó la conquista de un país infiel, ó la firmeza y prosperidad de la sociedad dedicada al único servicio y al único apostolado de su Sacramento de amor, ó el éxito de tal ó cual obra particular que cada uno conozca, á la cual le unan lazos personales de vocación ó de predilección: la conversión de una parroquia, la conversión ó la santificación de una sola alma, sobre todo si es el alma de un padre, de un esposo ó de un

hijo; más aún, si se trata de un alma, de la cual Dios parezca esperar, por los dones exquisitos que le haya prodigado, más satisfacción y mayor gloria!

Tal es la Adoración con relación al prójimo: obra de perfecta caridad, de celo apostólico, de abnegación universal é infatigable. Sus medios son, ante todo, la oración y la inmoción interior. Pero debe tenerse presente que la condición indispensable á todo mediador, si quiere ser escuchado, es la pureza, la santidad, la separación del pecado y la vida sobrenatural; á lo menos, bajo estos rasgos San Pablo nos representa al Pontífice Eterno y Adorador Perfecto Nuestro Señor Jesucristo. Sólo á este precio nuestra oración, unida á la suya, será agradable á Dios. *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex: sanctus, innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus et excelsior cælis factus.*

II.

Del Método de Adoración para los cuatro fines del Sacrificio.

IDEA DEL MÉTODO LLAMADO DE LOS CUATRO FINES.

Todo arte, además de los principios generales, tiene su método; es decir, una disciplina elemental, una cierta manera de proceder por medio de la cual se inicia á los discípulos al conocimiento de este arte, después á su práctica aplicada y, por último, á sus secretos y á su perfección. Santos y maestros ilustres han dado diversos métodos del gran arte de la oración, cuya excelencia queda bastante demostrada. Dichos métodos tienen caracteres comunes, los cuales tienen este doble fin necesario: poner al alma en estado de glorificar á Dios por el homenaje de la Religión interior, después santificarse por la contemplación de las verdades eternas, el conocimiento de sí misma y la preparación de sus deberes. Ellas varían según el punto de vista especial que ha

dirigido á sus autores y el fin particular que pretenden obtener.

Cuando la oración tiene por objeto principal preparar al obrero de Dios para los buenos trabajos, ó armar al soldado de Cristo para los santos combates, el método exige mucho al trabajo del espíritu, por la reflexión, el discurso interior y el estudio: ella se dirige, sobre todo, á los resultados prácticos, á las resoluciones fuertes y precisas de la voluntad, que disponen inmediatamente á la acción. Si, al contrario, la oración está destinada á permitir al alma encontrar á Dios desde luego, para conversar con Él y unirse á Él en el reposo activo del amor; si se dirige á hacer un contemplador más bien que un trabajador, un orador más bien que un apóstol, el método exige menos trabajo abstracto al espíritu, menos resoluciones actuales y determinaciones precisas á la voluntad. Sin perdonar estas cosas, haciéndolas una parte legítima y necesaria, ella esperará más de la simple mira del espíritu, de los sentimientos del corazón, de las aquiescencias apacibles de la voluntad. Ella fijará la mirada del alma sobre Dios, sobre Jesús, sus misterios y su espíritu; sobre su interior y sus sentimientos más que sobre sí misma; sobre

sus deberes que cumplir, y sobre sus pasiones que reprimir. Que no excluya el alma al trabajo santificador, homenaje necesario de toda verdadera religión: así como el método de la oración que forma al obrero apostólico no podría excluir la unión á Dios, el reposo en Dios como término de sus actos diversos. Pero combinando estos dos elementos necesarios de la oración, este método dará más al trabajo sobre sí mismo, y aquél más á la contemplación de Dios: el primero conducirá más á la discusión de los actos personales, y el segundo á la alabanza de las perfecciones divinas.

El Padre Eymard, reemplazando en su plan de vida espiritual, tal como lo estableció para las almas llamadas á servir á la Eucaristía, la oración por la Adoración del Santísimo Sacramento debía adoptar un método que favoreciese sobre todo á la contemplación, la alabanza, la conversación, la unión con Dios. La Adoración, en efecto, debe hacerse á los pies del Santísimo Sacramento, sea al pie del trono de la exposición solemne, sea ante el Tabernáculo, cuya lámpara ardiente anuncia al Dios Vivo que le habita.

El hecho sólo de esta presencia reclama que el adorador, saliendo de sí mismo, fije

todos los pensamientos de su alma sobre la augusta Persona del Dios Hombre que le muestran los velos transparentes del Sacramento. Aun parece que se faltaría á grandes conveniencias si se ocupase más de sí propio que de Él, sin darse bastante cuenta de lo que reclama su próxima presencia. Por necesarios que sean el estudio y la reforma de nosotros mismos, parece que, presentándose tan claramente á nuestras miradas el Dios oculto que desea tanto ser reconocido, nos solicita que le estudiemos, que le conozcamos, que nos dediquemos á Él; procura luego bajar á nosotros mismos, seguros de que jamás veremos lo que somos, hasta que hayamos visto bien lo que Él es. *Noverim te, noverim me!*

Aun más; queriendo que el Adorador una su oración á la que, detrás del velo Eucarístico, verdadero Santo de los Santos, Jesús, el único Pontífice, ofrece á su Padre, y que es la continuación de su Sacrificio, es decir, de su muerte, verificada por la mañana en el altar, el P. Eymard debía buscar un método que permitiese al Adorador apropiarse los actos, los homenajes, los sentimientos y los deberes, cuya expresión solemne y perfecta es la Misa. Pues bien; por la Misa ó por su Sacrificio,

Jesucristo rinde á Dios cuatro principales homenajes, que el Concilio de Trento define: la Adoración, la Acción de gracias, la Reparación ó Propiciación y la Oración. Estos cuatro homenajes resumen todos los deberes de la Religión, es decir, el reconocimiento teórico y práctico de todos los lazos que unen al hombre con Dios. Santo Tomás ha definido en estas breves y profundas palabras la religión del hombre hacia Dios: «El hombre está obligado y ligado para con Dios, sobre todo, por cuatro razones: á causa de su Majestad soberana, compuesta de todas sus excelencias divinas; á causa de sus beneficios pasados, testimonios de su amor y su bondad; á causa de las ofensas cometidas hacia su santidad, que le hacen deudor de su Justicia; á causa de los bienes que son necesarios para el porvenir del tiempo y de la eternidad, y que no pueden obtenerse más que de su bondad liberal y rica de todos los bienes (1).

Cada uno de esos homenajes encierra una multitud de las virtudes más preciosas y más

(1) Homo maxime obligatur Deo propter majestatem ejus, propter beneficia jam accepta, propter offensam et propter beneficia sperata. 1.^a 2 ae. q. CXII, a. III ad. 10.

necesarias; todos cuatro contienen todo lo que puede expresar el reconocimiento de las perfecciones y de los derechos de Dios, la confesión de todos los deberes y de todas las obligaciones del hombre. Pues no hay en realidad más que una oración de todo punto perfecta: la Santa Misa; cualquiera otra oración vale únicamente por su unión más ó menos grande con esta oración personal de Jesucristo. Lo mismo sucede con las virtudes cristianas que componen, con los homenajes de la oración, la religión del hombre hacia Dios; ellas no valen sino según la medida en que tomen su origen y se consuman en el Sacrificio de Jesucristo. No hay, pues, para el cristiano ninguna forma de oración más perfecta que la participación en espíritu y en verdad del Santo Sacrificio. Pero nótese bien, que durante todo el tiempo en que el Cristo guarda en el Sacramento el estado de víctima inmolada que revistió al ofrecer á su Padre su muerte misteriosa, pero real en el Sacrificio de la Misa, continúa la religión expresada entonces, y los homenajes rendidos entonces por la continuación de este estado rindiéndolos á su Padre, y todos los días y las noches en la permanencia de su estado de víctima anonadada, bajo las

especies de pan y vino, adora á la Majestad, da gracias á la Bondad, hace reparación á la Justicia é implora la Liberalidad de Dios.

He allí lo que inspiró al P. Eymard su método de adoración que llama Método de los cuatro fines del Sacrificio. Considerando á los adoradores en presencia de Jesús, ¿el Adorador perfecto podría pedirle alguna cosa más oportuna, más conveniente y aun más necesaria que unirse al Maestro de la oración, al Pontífice en el ejercicio de su oración, y orar como Él, con Él y por Él?

Él pide, pues, á sus discípulos que procuren, ante todo, en sus adoraciones producir actos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración; dirigirlas á Dios Padre, Mediador y Pontífice; dirigirlas también al mismo Jesucristo, que es Dios y Sacerdote y Fin eterno de todas las cosas, al mismo tiempo que mediador entre su Padre y los hombres.

Mas como estos homenajes deben nacer de todo lo que Dios nos ha revelado de sus Exce-lencias, de todo lo que su Bondad nos ha dado, de todo lo que debemos á su Justicia, de todo lo que esperamos de su Plenitud infinitamente buena, el P. Eymard enseña á sus discípulos á descubrir en todas las verdades, en todos los

misterios, en todos los asuntos de meditación, en una palabra, los asuntos de Adoración, de Acción de gracias, de Reparación y de Oración que ellos contienen necesariamente. El mismo Padre les enseña los actos de virtud que comprende cada uno de estos homenajes primordiales para ser bien rendidos: unos que convienen mejor á la Adoración, otros á la Acción de gracias; éstos á la Reparación y aquéllos á la Oración. Y, por último, no pudiéndose descubrir estos motivos, estos actos ser bien producidos, más que por cierto trabajo de las facultades y de las potencias, el P. Eymard pide á la inteligencia, al corazón y á la voluntad su concurso regular, que reclaman todos los métodos de oración. Así se ve á todo el ser exterior emplearse en producir sucesivamente, en unión con el Pontífice Eucarístico, los homenajes de la grande y perpetua oración de su Sacrificio.

Bajo el punto de vista estrictamente metódico, cada uno de estos homenajes debe sucederse en el orden en que el Concilio de Trento enumera los fines del Sacrificio Eucarístico: Adoración, Acción de gracias, Reparación, Oración. El P. Eymard recomienda también que se divida la hora de Adoración (pues